

esperar que he de ser partícipe de la bienaventuranza que gozas en el cielo? Si tú has combatido animosamente, yo tengo parte en tu triunfo. Tú has resistido al furor de los bárbaros, y yo he resistido á los sentimientos de la naturaleza. Tú has despreciado la muerte con generosidad, y yo me he hecho superior á la sensibilidad de la ternura materna. Tú has soportado los dolores del martirio con invencible paciencia, y yo he padecido una amargura que ha desgarrado mis entrañas. Puedo decir que he sufrido tanto como tú: porque mi continuada pena equivale á la crueldad de tu martirio. Tus sufrimientos han durado una hora; pero los míos durarán hasta el último instante de mi vida, y los sobrellevaré con sumisión, persuadida de que vives esa vida feliz que nuestra fé, que no se engaña, nos hace esperar. Tengo la seguridad de que, cuando se haya disuelto este cuerpo, en que se halla encerrada mi alma, tendré le dicha de unirme á tí en la gloria que ya posees. ¡ Ah! ¡ soy la más feliz de las madres por haber recibido de Dios un hijo que tan heroicamente ha combatido por su fé! Sí, yo me siento muy dichosa, y confío en que nuestro Señor Jesucristo, á quien posees en la eternidad, me concederá la gracia de participar contigo de la recompensa que te ha dado.

Hay motivos para creer que inmediatamente despues de su muerte se celebró la fiesta de estos santos mártires, uniéndose á la que se celebraba en memoria de los que sufrieron el martirio cien años ántes: pues era conveniente no hacer más que una solemnidad á causa de la grande muchedumbre que acudia aún desde grandes distancias.

DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN NILO

Con mucha justicia dieron los griegos á san Nilo et título de sabio por excelencia; título que mereció no sola-

mente por su insigne piedad, sino también por sus escritos llenos de admirable sabiduría. Como estaba dotado de elocuencia, se sirvió de ella para combatir los errores y los vicios, y para inspirar el amor á la virtud, y lo hacia de una manera tan agradable, tanto por el estilo como por los pensamientos, que no se podían leer sus escritos sin admirar y gustar la satisfacción y edificación que producian sus instrucciones. Tal es el juicio que emite Nicéforo, al cual es preciso unir el de Focio y otros autores que tuvieron ocasión de hablar con él.

Sería de desear que tuviésemos una edición completa de sus obras; pero hasta el presente sólomente se han dado á luz algunos trozos. Únicamente consignaremos aquí algunas de sus máximas ascéticas que más se acomodan á nuestro designio, sin ocuparnos de las que se refieren al dogma, que pueden consultarse en sus obras, así como en las de Tillemont, Dom Ceiller y otros, que se han ocupado de ellas. Haremos notar, sin embargo, que muchas veces se valia del ridículo para combatir los errores y hacer sentir mejor su absurdo. Por ejemplo, habiendo enseñado Carpión, hereje valentiniano, entre otras necedades, que todas las aguas procedían de su *Acamot*, le preguntó un católico, si esto debía entenderse tanto de las aguas dulces como de las saladas. Carpión no supo responder, y san Nilo le escribió dos días despues, mofándose de su doctrina, que debía responder que las lágrimas de Acamot habían producido las aguas saladas, y su sudor las dulces.

Las principales obras de este Santo son: un tratado de la vida monástica; otro titulado *Peristeria*, dirigido al monje Agacio, en que habla de la virtud y de las fatales consecuencias del vicio: otro acerca de la pobreza voluntaria dedicado á Magna, diaconisa de la Iglesia de An-cira. Paladio hace grandes elogios de esta diaconisa en su

Historia lausiaca. Otro en que hace el paralelo entre los monjes que viven en el retiro del desierto, y los que moran en las ciudades. Otros dos dirigidos à Eulogio sobre materias morales : otro en que trata de los ocho pecados capitales : otro acerca de la oración de que Focio habla con grande elogio : algunas sentencias y gran número de cartas.

En el tratado de la vida monástica, llamada ordinariamente *La Ascética*, hace notar san Nilo, en primer lugar, que ni los judíos ni los paganos tuvieron verdaderos filósofos ni sabios perfectos : que los filósofos paganos no lo eran más que en el nombre, porque se contentaban con reglar el exterior, sin tomarse el cuidado de reprimir sus pasiones, de que eran esclavos : que algunos judíos, llamados Jessenios, y que descendían de Jonadab, vivían verdaderamente de una manera sencilla y austera, y tenían buenas costumbres ; pero que, rechazando á Jesucristo, vivían sin esperanza de salvación, porque no querían reconocer al único que podía darla. Hace ver que la verdadera sabiduría consiste, no en la especulación, sino en la práctica, es decir, en la santidad de las costumbres y en el conocimiento del verdadero Dios : que Jesucristo nos ha mostrado el verdadero camino de la virtud y de la sabiduría, y que los Apóstoles y los primeros cristianos, siguiendo sus huellas, han dado ejemplo de una conducta la más sabia y de una vida bien regulada.

Pasa despues à tratar del establecimiento del estado monástico, y enseña que, habiéndose resfriado el fervor en la mayor parte de los cristianos, ha habido muchos que han huido del tumulto del siglo, y se han retirado à los desiertos, en donde han imitado la virtud de los Apóstoles en el desprendimiento de todas las cosas del mundo, y en el género de vida dura y austera.

Es muy edificante el elogio que hace de este género de

vida : « Prefieren, dice, la pobreza voluntaria, para no tener nada que les impida vivir en el recogimiento. En lugar de los festines y de la buena comida, que no sirven sino para fomentar las pasiones, no toman más alimento que el estrictamente necesario para sostener el cuerpo. Rechazan todo adorno y toda superfluidad en los hábitos, contentándose con estar cubiertos y garantizados del rigor del frio. Consideran indigno de su santa filosofía ocuparse seriamente de las cosas de la tierra, pues que no han abrazado esta profesión sino para entregarse á las del cielo. No conocen el mundo, cuyas vanidades han renunciado : no se vé entre ellos esta diferencia de fortuna, en cuya virtud unos viven en la abundancia, y otros en la miseria. No se constituyen en jueces de los demás, sino que cada cual tiene por juez á su propia conciencia. Lejós de haber ambición entre ellos, y de procurar elevarse los unos sobre los otros, se consideran todos ignales, ó más bien, por una santa emulación de humildad, procuran aventajarse en el ejercicio de esta virtud, considerándose cada cual inferior á los demás. No se vé entre ellos la aversión, ni la envidia, ni el orgullo, ni la vana ostentación, ni la contienda. Se hallan como muertos á todas las pasiones, cuyos estímulos apenas sienten, porque habiéndolas combatido desde el principio con fortaleza, han adquirido, por el constante trabajo en combatir las, el hábito de las virtudes contrarias. »

Se lamenta san Nilo de que muchos monjes de su época hayan degenerado de esta virtud primitiva, sobre todo en el desprecio de las cosas de la tierra, ocupándose en adquirir bienes, y encontrándose de esta manera víctimas de los cuidados de la gente del mundo, lo cual les degrada, y les hace despreciables á los ojos de los seglares. Se expresa con la mayor energía al hablar de este relajamiento, y demuestra que los monjes que consagran sus velos á ad-

quirir los bienes de la tierra, dan á entender, ó que desconfían de la Providencia, cual si ésta careciese de sabiduría y de poder, ó que ellos mismos han perdido las luces de su inteligencia y se engañan en lo que se refiere á la santidad de su profesión. Es verdad, añade, que no lo dicen con sus palabras ; pero lo expresan muy claramente con sus obras. »

Laméntase también de otro abuso que no tiene consecuencias ménos fatales. Hay, dice, algunos, que, haciendo poco tiempo que han ingresado en la vida monástica, se atreven á encargarse de la dirección de otros, siendo así que no tienen experiencia alguna de los deberes de su profesión. Muchos de estos se hacen de un número considerable de discípulos, siendo así que necesitan de maestro : lo cual es tanto más deplorable, cuanto que creen que es muy fácil dirigir á las almas, é ignoran las dificultades de este ministerio. ¿ Cuán difícil no es, efectivamente, purificar á los discípulos de sus faltas y formar los en la virtud ? Y sin embargo, estos hombres sin experiencia, que no tienen otro mérito que exteriores apariencias, creen gobernar el interior de los demás. ¿ Como podrán romper sus hábitos ? ¿ como conseguirán que domén sus pasiones, cuando no saben combatir las suyas propias ? ¿ como podrán curar las llagas que ha hecho el pecado en otros, cuando se hallan cubiertos de heridas, y son ellos los primeros que necesitan remedio ? Nadie adquiere habilidad en un arte sin haberse ejercitado en él bajo la dirección de un maestro. Y ¿ estará exentode esta regla el arte de los artes, el que tiene por objeto la dirección de las almas. Si el que quiere dedicarse á la agricultura ignora lo relativo á ella, ó si un médico ignora los preceptos de la medicina ¿ que sucederá ? El primero no dará cultura á los campos, y estos no producirán fruto alguno : el otro, en lugar de curar á los enfermos, los mandará á la

sepultura ¿ Es posible que, cuando se trata de la salvación de las almas, que es la cosa más difícil, se piense de otra manera, y se obre cual si no ofreciese dificultad alguna ? Los que así proceden son tanto más ignorantes, cuanto ménos conocen su ignorancia. »

Quisiéramos transcribir todo este discurso de san Nilo, tan admirable en su fondo como en su forma, si no lo impidiesen los límites que nos hemos propuesto. Exhortamos, pues, á los superiores y á los que están encargados del ministerio de la reconciliación de los hombres con Dios, que lo lean detenidamente pues en él encontrarán instrucciones muy sólidas, sobre todo los superiores, á quienes recomienda muy encarecidamente que se corrijan de sus defectos, y que combatan enérgicamente sus pasiones, para que se hallen en disposición de corregir á los demás y encaminarlos á la santificación. » Si alguno, dice, no sabe sobreponerse á sí mismo y resistir á su concupiscencia, por lo mismo que no ha hecho más que empezar, no debe ingerirse en el gobierno de los demás : pues se trata de erigir en las almas un templo espiritual al Señor, formado por el concierto de las virtudes, y Dios podría decir, como dijo en otro tiempo al Real Profeta ! *No serás tú el que edifique el templo, porque eres hombre de sangre.* ¹ »

Termina san Nilo este tratado con una exhortación muy viva y enérgica á los religiosos, para que se desprendan de todas las cosas del mundo, y se apliquen sólamente á las del cielo.

El tratado de san Nilo *sobre la práctica de la virtud y la huida de los vicios*, tiene por título *Peristeria*, como ya hemos dicho. Lo dedicó al monje Agacio, que le habia alabado mucho á una señora muy caritativa para con los pobres, llamada Peristeria, y que en su testamento les

¹ I Paral. xxii, 8.

había legado grandes cantidades, así como á los monasterios y hospitales. Murió esta señora en Alejandria, en tiempo de Díoscoro, año de 450, el cual impidió la ejecución del testamento, y disipó en otros usos los bienes de la difunta. Es de creer, que, con motivo de las limosnas dejadas por esta señora, habla san Nilo en este tratado contra los que dejan sus bienes sin elegir buenos albaceas testamentarios : pues no procuran que sus limosnas les sirvan de descargo de sus culpas en el tribunal de Jesucristo. Habla también contra los que olvidan en la hora de su muerte su salvación, y se ocupan sólomente en disponer de sus bienes, ó que esperan á esta hora para hacer larguezas á los pobres, de las riquezas de que gozaron durante en vida.

Habla, al principio de este libro, de la templanza, que considera como una virtud fundamental, y de la humildad que asegura ser inseparable de las mejores acciones, de suerte que, si éstas se hacen sólomente por consideración á los hombres, dejan de ser meritorias en la presencia del Señor. Trata también de la lectura y de la oración, cuya utilidad demuestra.

« La templanza, dice, es una gran virtud : es la principal y el fundamento de todas las demás, porque doma la carne : la hace casta ; reprime sus pasiones, y la hace someterse al yugo del bien. Pero tan luego como se alimenta el cuerpo con excesivo cuidado, y no se piensa más que en satisfacerle, se rebela al punto, ejerce su tiranía sobre el alma, y hace de ella lo que quiere. Por el contrario, castigándolo con la templanza, se vé forzado á servir al espíritu, á recibir sus leyes y á permanecer sumiso y obediente á la razón. Jahel atravesó con un clavo la cabeza de Sisara, y por este medio humilló su altanería y alcanzó la victoria sobre los enemigos de Israel. Sanson desafió á un gran número de incircuncisos, y los puso en precipitada

fuga, empuñando la quijada de un asno. Estas figuras nos demuestran que, reprimiendo los placeres de la boca, es como triunfaremos de los vicios, y adquiriremos las virtudes. »

Hablando del cuidado que debemos tener en huir de la vana gloria, dice : « Caemos en este feísimo vicio, cuando nuestro espíritu siente placer en los aplausos ; pero cuando purificamos nuestra intención ; cuando nuestra virtud brilla con la claridad de la luz, no nos quita el fruto de nuestras obras. No nos propongamos, pues, otro fin que agradar á Dios ; no hagamos caso alguno, de los juicios favorables de los hombres. Si nos ven, si nos estiman, si nos aplauden, consideremos todo esto como vanas palabras de que no sacamos fruto alguno. Aún cuando los aplausos llegasen hasta las nubes, debemos escucharlos como vanas palabras que se pierden en el aire, y hacer de ellos el mismo caso que hacemos del ruido de las cigarras : pues que todo esto no sólomente no nos sirve de nada, sino que perjudica á nuestra alma por el peligro de que nos proporcione vana complacencia, y perdamos el fruto de nuestras buenas obras. Acordémonos de lo que nos dice el profeta Isaías : *Los que te alaban, pueblo mio, te engañan y tienden lazos á tus pies*¹. La necia persuasión que algunos nos hacen concebir de nuestro mérito, es un obstáculo para adelantar en el bien. Así es que Jesucristo, al mismo tiempo que nos dice que nuestra luz debe brillar ante los hombres² nos recomienda que no se aperciba la mano izquierda de lo que hace la derecha,³ ensenándonos á practicar el bien, pero sin ningún género de ostentación. »

Despues recomienda la oración y la lectura espiritual. « No son menos útiles, dice, que la templanza y la pureza

¹ Is. III, 12.

² Mat. v, 16.

³ Ibid. vi, 3.

de intención : pues son como un maná delicioso que sirve para alimentar el alma de virtudes. Hallándose atraído nuestro espíritu fuera de sí mismo por los sentidos, y preocupado por los objetos exteriores que nos rodean, tenemos necesidad de la lectura y de la oración para hacer cesar esta disipación ; puesto que nos hacen entrar en nosotros mismos, y nos fijan en pensamientos y reflexiones saludables. En la lectura se alimenta el alma con reflexiones devotas, y se anima á la práctica del bién con el ejemplo de los Santos que nos han precedido, cuyas virtudes aprendemos, lo cual nos inspira una santa emulación, y nos sirve de regla para vivir bién. Igualmente por la oración es invitada el alma á un banquete delicioso, en que se alimenta con manjares celestiales. En ella se eleva sobre todo lo terreno, y arrobada en cierto modo, contempla las cosas celestiales, y participa, según la capacidad de su estado presente, de las delicias y frutos de la bienaventuranza. »

« La oración proporciona aún mayores ventajas que la lectura, en cuanto nos hace entrar en santo coloquio con el mismo Dios. Ella forma en nuestros corazones piadosos y tiernos afectos ; atrae sobre nosotros pruebas sensibles del amor paternal de Dios, y á su vez este Dios tan grande é infinitamente perfecto no se desdeña de recibir los sentimientos de nuestro amor ; ántes por el contrario, quiere formar una unión amorosa, siempre que vea en nosotros deseos de serle fieles. »

« Con respecto á la lectura, vemos que por su afición á ella mereció el eunuco de la reina Candaces la dicha de ser instruido por un Apóstol en las verdades divinas, y de recibir las aguas saludables del bautismo. ¹ Esta lectura fué también muy recomendada en el antiguo Testamento.

¹ Act. viii.

Y estas palabras que te mando yo hoy, decia et Señor por su siervo Moisés, estarán en tu corazón, y las contarás á tus hijos, y las meditarás sentado en tu casa, y andando por el camino, al irte á dormir, y al levantarte. Y las atarás como señal en tu mano, y estarán y se moverán entre tus ojos, y las escribirás en el umbral y puertas de tu casa. ¹ El Real Profeta llama bienaventurados á los que se instruyen en la ley santa del Señor, que es como un arroyo que riega las almas con las agnas de la gracia, y les hace producir los frutos de la virtud. »

San Nilo demuestra la utilidad de la lectura, y sobre todo de la oración, con gran número de ejemplos del antiguo y del nuevo Testamento, empleando comparaciones muy apropiadas para hacer más sensibles y agradables sus escritos, como hace en los demás tratados espirituales.

Expone despues muy extensamente la vida de los justos y sus sufrimientos, tanto por parte de los demonios como por la de los hombres, no citando más que aquellos, cuyas virtudes alaban los Libros santos, como Abraham, José, Susana, Job, Tobías David, Gedeón, los Profetas, los Apóstoles y la Santísima Virgen. Termina, por último, este tratado exponiendo el mérito de la limosna, y la recompensa que Dios tiene preparada á los que la hacen. « ¿Qué beneficios, dice, no nos procurará el pobre á quién socorremos ? ¿Qué recompensas nos serán dadas por los desnudos á quienes hayamos vestido, por los muertos á quienes hayamos dado sepultura, por los enfermos á quienes hayamos asistido, por los pobres peregrinos á quienes hayamos procurado hospedaje, y por los encarcelados á quienes hayamos visitado y socorrido en sus necesidades ? Cuando esta multitud de pobres se presente con nosotros ante el tribunal de Jesucristo, que

¹ Deut. vi, 6-9.

conoce lo que han sufrido, y lo que hemos hecho por ellos, ¿qué no deberemos esperar de este Juez, que considerará como hechas á él estas obras de caridad? ¿Qué comparación puede haber entre estas dulces promesas y todas las riquezas del mundo, entre las alabanzas de Jesucristo y los aplausos de los hombres? Dios mismo es el que nos alabará y aplaudirá por el bien que hayamos hecho. ¿Puede imaginarse otro motivo de gozo igual al que dilatará entónces nuestros corazones? ¿Qué gloria mundana puede compararse, aún cuando se nos afreciese un reino en la tierra, á la gloria que recibiremos entónces: pues que se nos dará el reino de los cielos, en que no hay turbulencias, ni guerras, ni trabajos, de que no se hallan exentos los príncipes de la tierra? Hé aquí lo que puede llamarse propiamente buen uso de las riquezas: esto es ser poseedor de los verdaderos bienes: esto es conservarlos perpetuamente, y trasportar al cielo los tesoros de la tierra: esto es gozar en la eternidad de las riquezas que se han poseído en el tiempo: esto es, por último, ser su justo administrador, y hacernos de amigos que nos reciban en los tabernáculos eternos.»

San Nilo, como ya hemos hecho notar, compuso también un *tratado de la pobreza voluntaria*. Nadie mejor que él se hallaba en condiciones de tratar esta materia, pues habiéndose visto encumbrado á las más altas dignidades y dueño de inmensas riquezas, abandonó tan generosas posesiones, y abrazó voluntariamente la pobreza evangélica. Llevó esta virtud, que aparece de sus escritos haber sido su predilecta, al más alto grado de perfección, pues se esfuerza principalmente en combatir los defectos que contra ella cometen los religiosos, y la mayor parte de sus avisos se encaminan á animarlos á su práctica, ó á reprehender sus defectos.

Dedica este trabajo a Magna, diaconisa de Ancira, cuyo

mérito se colige del elogio que de ella hace Paladio. «Hay en la ciudad de Ancira, dice este escritor, unas diez mil vírgenes, dos mil de las cuales se ejercitan en la práctica de todas las virtudes; pero Magna supera á todas ellas en piedad. Es una mujer perfecta, y cuyo mérito todo el mundo reconoce. No sé si llamarla vírgen ó viuda, pues aseguran sus parientes que, habiéndola desposado su madre, obtuvo, mediante su singular dulzura, que su marido la tratase como hija. Muerto éste al poco tiempo, y hallándose heredera de cuantiosa fortuna, quiso convertir los bienes temporales en eternos, consagrándose enteramente al Señor. Ella manda con dulzura á sus servidores; se ejerce en grandes austeridades: es extremadamente sobria, y tan grave en su trato y tan lleno de magestad su rostro, que hasta los más ilustres obispos la miraban con respeto. Es tan grande su virtud y tan insigne su piedad, que ha consumido, por decirlo así, con el fuego de la pobreza todo lo superfluo y excesivo de sus bienes, y lo que le queda lo invierte en asistir á los monasterios, á las iglesias, á los hospitales, á los pobres, á los caminantes y peregrinos, así como á los obispos, á los huérfanos y á las viudas. Socorriendo de esta manera á todos los necesitados, se ejercita constantemente en secreto y con gozo, tanto por sí misma, como por medio de sus criados, en obras de piedad. Apénas se separa de la iglesia, particularmente de noche, y en todas las cosas practica la virtud movida de la esperanza de gozar un día de la verdadera vida.»

El amor que san Nilo profesaba á la pobreza, y su celo por inspirar la caridad hacia los pobres, le movieron á dedicar este tratado á esta piadosa señora, en quién veía tan perfectamente unidas estas dos virtudes, y que lejos de disfrutar los bienes considerables que poseía, se reducía á lo estrictamente necesario á una vida mortificada, em-